

revuelcan por el césped de parque inglés, alguno hace la vertical, otros se persiguen y se derriban. Hoy es fiesta. Se respira libertad y la noche tiene los colores más propicios. El público grita, aplaude, jalea el «¡Barça, Barça, Barça!» por encima de la derrota que ya asumen, pero paladeando la victoria estética y moral de una noche en la que el público cree hacer justicia, cree vencer por encima del Comité de Competición, de la Real Federación Española y de unos cuantos etcéteras.

Y de pronto, algún clarín secreto debió avisar de que la cosa iba a cambiar. Se oscurece el rectángulo y empiezan otros ruidos y otros gritos. El griterío del público se uniforma, desde la impunidad de las gradas se presiente lo que está ocurriendo en las nebruras del rectángulo. La cosa ha cambiado de color. Aparece el fuego. Las almohadillas rasgadas muestran su paja y arde para quemar paneles publi-

citarios. Los gritos se han vuelto agrios... El público se dispersa... Pero han nacido extrañas indignaciones. Un grupito de veloces charnegos pasan a mi lado y gritan: «¡Barça, Barça, Barça!».

Horas después, grupos espontáneos seguían con sus gritos en distintos puntos de la ciudad. La reunión de contortulos bajo la Farola de Canaletas fue disuelta.

El señor Calderón, gerente del club madridista, declaró:

—Ha pasado lo que puede pasar en cualquier pueblo. Si en otras ocasiones la prensa ha arremetido contra nosotros de manera tal que acabaron con todos los adjetivos, lo ocurrido esta noche merece la peor calificación para el Barcelona.

Creo que el señor Calderón y otros señores no han entendido nada de nada.

Lo de menos era el detonador. Aquello no era una reacción típica por no saber perder. ■ **MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN.**

MEJICO Y SUS COMPENSACIONES

¿Quién va a ganar el Campeonato del Mundo de Fútbol que se celebra en Méjico? El hecho es importantísimo y todos los servicios informativos de la Tierra están pendientes de lo que allí sucede. Se comprende. Resolver momentáneamente, con un gran gol de Pelé, el problema de los «flagelados» del Brasil o aclarar con un triunfo inglés que el gran país sigue en su sitio es, sin duda, hermoso y emocionante. Ese es, a fin de cuentas, uno de los fundamentos del fútbol y de su éxito: sentirse ágil e inteligente, sentirse superior al contrario, cada vez que el futbolista del pueblo de uno realiza una brillante jugada. Ahora, además, con la televisión, la posibilidad de esta identificación es mucho más fascinante y no hay que esperar a leer el resultado en el periódico o a escucharlo por la radio. El deportista —es decir, nosotros— está allí, en el gran estadio, admirado por setecientos millones de televidentes, a los que nosotros, desde nuestro confortable butacón, hacemos un corte de mangas cuando el jugador de nuestro país —es decir, nosotros— domina a su contrario.

Es curioso, por otra parte, que la crítica hable con frecuencia del fútbol «europeo» y del fútbol «americano», como si se tratara de dos bloques políticos y culturales que se expresan a través de sus respectivos estilos futbolísticos. Europa, Occidente, aportaría un fútbol racional, sensato, derivado de una buena preparación atlética y de un estudio coherente de las posiciones del jugador sobre el campo. Teoría ante la pizarra y entrenamiento metódico. Casi una tecnocracia futbolística. En cambio, América, esta vez —¡Dios mío!— sin los Estados

Unidos, sería el Tercer Mundo; un mundo casi flamenco, al que sólo el duende del hambre y la imaginación podría darle el Campeonato. Negros, mestizos, gentes de suburbio, con aire charro o bailongo, de los que puede esperarse todo. Nadie diga que han estudiado posicionalmente su partido, nadie piense que existe una metódica preparación física, nadie imagine una «contención» física en la vida diaria de tales jugadores. No, ellos han ido al campo como el pobre torero de barriada —más cornás da el hambre—, para el que la victoria es la salida, y para quien los pases, de capa o de pelota, están hechos sustancialmente de su miseria. Miseria contra tecnocracia. Imaginación contra razón. Duende contra ciencia. ¿Qué va a pasar?

La coartada ya está lista. Porque el «duende» de los pobres es una hermosa demostración de que también el hambre sirve para algo, de que la miseria puede hacer un arte que venza a la tecnocracia. ¡Triste destino el de Europa si esto sucediera! Porque habrá de aceptar que su nivel de vida, su hegemonía política, no sirve de gran cosa, y, por lo tanto, que el «Tercer Mundo» no tiene derecho a quejarse si sólo él consigue hacer grandes toreros y geniales futbolistas.

Quizá haya algo de exageración en lo que digo. Pero es evidente que hay mucho de esto. Como es también evidente que la identificación pueblo-jugador se produce con mucha más violencia entre las masas miserables o explotadas. No es una casualidad que una de las primeras películas del Novo Cinema Brasileño se ocupara de aquel fabuloso Garrincha, pan blanco (como hoy Pelé) del pueblo durante algunos años... ■ **J. M.**

Espacio

LAS COBAYAS DEL COSMOS

Desde el 12 de abril de 1961, cuando Gagarin realizó la «primera vuelta al mundo en ochenta minutos», nació una nueva medicina: la espacial. Pero los especialistas de esta disciplina han descubierto hasta el momento más problemas que soluciones. El doctor Berry, americano, y sus colegas soviéticos han llegado a la conclusión de que se encontraban aún desarmados ante la mayor parte de las alteraciones psicológicas provocadas por una estancia prolongada en el espacio.

Cuando Leonov salió de su nave el 18 de marzo de 1965 para dar los primeros pasos en el espacio, advirtió que cada movimiento exigía esfuerzos considerables, que transpiraba abundantemente y que difícilmente conseguía coordinar sus gestos. Entró, agotado, en la cabina y su pulso había ascendido a 135 por minuto. White, el segundo peatón del espacio, tuvo la misma experiencia y su pulso alcanzó las 200 pulsaciones por minuto. El corazón es quizá el órgano que se encuentra más «desplazado» en el espacio. En tierra, el peso le obliga a un esfuerzo regular para hacer circular la sangre en un cuerpo vertical. En el espacio, este trabajo no es ya necesario y el corazón corre el peligro de que con la inactividad se atrofie a largo plazo. Se investiga para hacerlo trabajar durante el vuelo.



La descalcificación de los cosmonautas inquieta también a los médicos. Los tripulantes del «Géminis IV» perdieron el cuatro por ciento de su calcio; los del «Géminis V», el doce y dieciséis por ciento, y los del «Géminis VII», menos del cuatro; esto prueba que la desmineralización no está necesariamente en función de la duración del vuelo y que varía según los individuos. El equipo del doctor Berry ignora lo que pasaría durante vuelos de larga duración. Asimismo, se dan modificaciones en la composición de la sangre. Los astronautas de los vuelos «Géminis IV», «V», y «VII» perdieron entre el siete y el veinte por ciento de sus glóbulos rojos, mientras el de glóbulos blancos se duplicaba en los ocupantes de las cabinas «Géminis IV» y «VII» y se cuadruplicaba en los del «Géminis IV». Estos fenómenos y las diferencias según los sujetos siguen siendo aún inexplicables, así como las variaciones del volumen sanguíneo. Después del vuelo del «Géminis IV» se advirtió en los dos cosmonautas una disminución del siete por ciento y del quince del volumen sanguíneo, así como una pérdida del treinta y uno por ciento del plasma. Cuando Borman y Lovell salieron de la cápsula «Géminis VII», su volumen sanguíneo, por el contrario, no había cambiado y el de su plasma había aumentado del cuatro al quince por ciento. Finalmente, los cosmonautas son víctimas de malestares frecuentes. Durante el vuelo del «Apolo VIII», Borman tuvo náuseas y se vio aquejado de alteraciones intestinales. Meses más tarde, Schweickart tuvo también vómitos en el L. E. M. del «Apolo IX». El equipo médico de Houston no pudo dar ninguna explicación convincente de estas enfermedades.

Hace aproximadamente un año, el 8 de julio de 1969, un mono tailandés lanzado al espacio, nueve días antes, a bordo del «Biosatélite III» fue recuperado y moría ante un equipo de quince doctores, veterinarios y técnicos. El vuelo tenía que durar un mes. Actualmente, aun la N. A. S. A. no sabe por qué murió «Bonny». Para intentar responder a esta cuestión y a otras muchas están dando vueltas por el espacio Nicolaiev y Savastianov. ■ **JEROME PIETRASIK.**